

El poblamiento prehistórico de Toledo

Discurso de ingreso como Académico de Número de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, leído en sesión solemne celebrada el 13 de Mayo de 1962.

EXCELENTÍSIMAS E ILUSTRÍSIMAS AUTORIDADES,
 ILUSTRÍSIMOS SEÑORES ACADEMICOS,
 SEÑORAS, SEÑORES:

Hace poco más de dos años y medio llegaba yo al Instituto de Toledo, procedente del de La Laguna de Tenerife. De un país joven, subtropical, oceánico, nacido para la Geografía en la orogénesis alpina, habitado desde hace unos tres mil años, que vivió en pleno Neolítico hasta el siglo XV, venía a este otro, continental y añoso, de clima extremado, de edad planetaria, poblado, según creemos saber hoy, desde hace tres mil siglos, presente siempre en el quehacer histórico del mundo. Y aun cuando había nacido en esta tierra, tanto tiempo fuera de ella hacía inevitable que acusara tan fuerte contraste. Por añadidura, me había traído una extensa colección de algas del Archipiélago y, estudiándola, seguía en Canarias, aun estando en Toledo.

D. Guillermo Téllez fue el primero en notar esta evasión mía, al ver la torpeza con que, acostumbrado a los colorines tropicales, elegía unas postales para felicitar a unos amigos de las islas.

—Lo que usted tiene que hacer —me dijo— es aclimatarse a su tierra.

Y gracias a él, en aquellas tarjetas viajaba ya, al Archipiélago Afortunado, mi primer modestísimo, pero auténtico, mensaje toledano.

Pero lo que ni D. Guillermo ni yo hubiéramos podido sospechar entonces es que semejante proceso de aclimatación pudiera realizarse tan pronto. Culparé de ello a todos los buenos amigos del Instituto y de la Academia, en cuya labor de acendrado toledanismo reconocí, al instante, la más generosa entrega a una tarea llena de nobleza. Culparé a la ciudad, cuyo evocador arcaísmo dispone el ánimo para la visión retrospectiva. Y culparé, sobre todo, a dos de mis más ilustres antecesores en la cátedra del Instituto: a D. Ismael del Pan, porque supo dejar allí el germen de la investigación prehistórica; y a D. Emiliano Castaños que, con el memorable hallazgo de Buenavista de Noviembre de 1959, me proporcionaba, además, el motivo preciso y precioso que necesitaba para sumergirme en el estudio de nuestro pasado.

Se comprenderá, por consiguiente, mi emoción al verme, ahora, en el trance de suceder en esta Corporación al primero, y ser apadrinado, en mi ingreso, por el segundo.

A todos, gracias.

* * *

DON ISMAEL DEL PAN FERNÁNDEZ es riojano, y nació en Logroño, el 18 de Junio de 1889. Hijo menor de una familia muy modesta, pudo cursar sus estudios gracias a la ayuda económica que le prestó el Ayuntamiento de la capital, como premio a sus merecimientos escolares.

Con aplicación ejemplar, hace el bachillerato, en el Instituto de Logroño, y la carrera en la Universidad de Madrid. Termina la Licenciatura en 1911 y, al año siguiente, cursa el Doctorado y gana, por oposición, la cátedra de Historia Natural del Instituto de Cáceres, cuando tenía solamente 22 años.

Allí inicia, al mismo tiempo que sus tareas docentes, sus investigaciones prehistóricas, excavando la «Cueva del Conejar», del «Calerizo cacereño». Los resultados se publican en 1914 por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, que le nombra Colaborador.

En 1918 lee su tesis, sobre Paleogeografía de los Mamíferos Cuaternarios, y en 1919 obtiene, mediante concurso, la cátedra de Historia Natural del Instituto de Toledo.

El nuevo doctor, de 29 años, llega a nuestra ciudad una tarde invernal del mes de Marzo, sube desde la estación a Zocodover en un coche desvencijado, y siente un deseo irreprimible de volverse a Madrid, sin tomar posesión de la cátedra. Desde Zocodover se dirige a la hospedería del Callejón del Lucio, porque allí vive el entonces Director del Instituto, D. Ventura Reyes Prosper, en cuya luenga barba ve D. Ismael «la tranquilidad del justo y la serenidad del sabio». D. Ventura, que llevaba más de 20 años en Toledo, oye las primeras palabras demoleadoras del nuevo catedrático y responde plácidamente:

— Tiene usted razón. Toledo es una población fea, incómoda y, hasta si usted quiere, desaseada. Pero si piensa salir de aquí, hágalo pronto, porque, si deja pasar un año, le veo en Toledo para toda la vida.

Día a día el nuevo catedrático va quedando ligado al pensar y al sentir de esta tierra y, en seguida, se convierte en un paladín más de ella, sumando sus esfuerzos a las tareas toledanistas de otros preclaros varones.

El fuerte antagonismo fisiográfico de las dos márgenes del Tajo llama poderosamente su atención, y, aunque tiene noticias de que el cerro del Bu, excavado en 1905 por D. Manuel Castaños Montijano, padre de D. Emiliano, ha proporcionado útiles neolíticos, el carácter más moderno de los terrenos de la Vega le atrae como posible lugar de hallazgos prehistóricos. Y no se equivoca. Recoge en Buenavista algu-

nos fragmentos de cerámica y los da a conocer, en 1920, en el Boletín de la Real Academia de la Historia de Madrid, que le nombra Correspondiente. Termina su primer trabajo toledano con estas palabras, casi proféticas:

«De desear fuera que las investigaciones arqueológicas no se limitaran al recinto de la histórica ciudad. ¡Quién sabe si un glorioso pasado duerme fuera de sus murallas el sueño de los siglos! ¡Quién no nos dice que en los movedizos terrenos de la Vega no se halla su basamento histórico, más sólido aún que el peñón granítico sobre el que se asienta la ciudad!»

En busca de este pasado prosigue sus investigaciones, en el contorno de la ciudad y de su historia, y realiza, muy pronto, su descubrimiento más importante: el de un yacimiento, probablemente estratificado, en La Alberquilla, que comprende restos humanos asociados a los de ciertos animales salvajes y domésticos (jabalí, ciervo, buey, caballo, cabra) y a conchas gigantes de almejas de río. Todo ello en ceniceros con amuletos y cerámica. Los primeros resultados se publican en el Boletín de la misma Academia, en 1922.

Hasta 1926 gasta su tiempo libre en estudiar el material existente en el Gabinete de Historia Natural del Instituto, y en realizar excursiones a los pueblos de los Montes. Fruto de esta actividad viajera son dos notas geológicas y un primer trabajo etnológico. Fruto de su otra actividad sedentaria, dos meticulosos catálogos y un trabajo sobre restos de Proboscídeos existentes en dicho Gabinete. Este último, de particular interés, porque en él se describe un molar de elefante, encontrado hacia la carretera de Mocejón entre 1911 y 1918, que es, por lo tanto, el primer documento paleolítico recogido en Toledo. En uno de mis artículos, publicado no hace mucho en EL ALCAZAR, demostraba yo que dicho molar procede de las graveras de Pinedo. Si en el Instituto se hubiera anotado el lugar exacto de procedencia, no hay duda de que D. Ismael hubiera sido el descubridor del citado yacimiento, y de que nuestra prehistoria se conocería ya con la misma o mayor precisión que la de Lisboa o Madrid.

En 1927 esta Real Academia le recibe como Numerario. Su discurso de ingreso, al que contesta el Académico D. Teodoro de San Román, es una exposición de cuanto se conoce hasta entonces sobre Prehistoria, Etnología y Folklore en nuestra provincia. En el campo de la Prehistoria no se hará, en verdad, ningún otro progreso hasta el descubrimiento de Pinedo, en Diciembre de 1959. Estas palabras, con las que D. Ismael del Pan termina esa parte de su discurso, sirven a la vez para valorar dicho descubrimiento y para expresar el estado de nuestros conocimientos con anterioridad al mismo:

«Como se acaba de ver —dice— todos los hallazgos de útiles paleolíticos que se han realizado hasta el día en la provincia de Toledo, han sido de superficie, es decir, diseminados por el terreno o en revuelta confu-

sión con los materiales de las graveras. Esto impide tener datos exactos acerca de la verdadera cronología de los hombres que tallaron los pedernales toledanos prehistóricos. Hasta el presente no se ha descubierto ningún yacimiento cuya ordenada estratigrafía demuestre la permanencia del hombre primitivo, como morada definitiva, en determinada localidad toledana».

Parecida observación repetirá luego al tratar del Neolítico.

Después de su ingreso en la Academia se le nombra Miembro de la Comisión de Monumentos de Toledo y Conservador de dicha Comisión, tomando parte en varios trabajos de la misma, como las excavaciones del Circo Romano.

También en 1927 esta Real Academia le encarga la redacción de un «Cuestionario folklórico» para la investigación del «saber popular». La recogida de materiales y su clasificación culminan en la iniciación de la llamada «Biblioteca toledana», cuyo primer tomo, del que es autor, lleva el título de «Folklore toledano».

Después de esto, publica algunas notas más, etnológicas y folklóricas, y se nos va.

Se marcha porque, mediante nueva y muy brillante oposición, realizada en 1932, ha obtenido la cátedra del «Jaime Balmes», de Barcelona. Allí permanece hasta 1941, en que se traslada, por concurso, al «Lope de Vega» de Madrid, y aquí se jubila hace tres años.

Su obra más importante de este período de tiempo extratoledano, es un amplio estudio comparado de la Etnología y el Folklore de España y Portugal, publicado por la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Otros trabajos suyos, del mismo carácter, pueden verse en las revistas «Berceo», del Instituto de Estudios Riojanos, «Rioja industrial», etc. Desciella el titulado «El folklore manchego», premio del certamen «La Mancha a Cervantes», publicado en la revista «Douro Litoral», de Oporto. Además es autor de numerosos artículos periodísticos sobre temas muy variados y, en 1944, se le concedió el Premio Nacional en la Exposición de Trabajos prácticos de los Institutos, organizada por el Ministerio de Educación Nacional.

Ultimamente ha sido Presidente de la Real Sociedad Española de Historia Natural, cargo que desempeña ahora el Profesor Gómez de Llarena, tan ligado también a Toledo por su obra de investigación y por su afecto, como lo demuestra con su presencia en este acto. Y, en Febrero de este mismo año, se ha nombrado a D. Ismael del Pan Miembro de Honor de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria, como reconocimiento a su aportación a las ciencias del Hombre y a su actividad destacada durante muchos años en la referida Sociedad.

Tenemos, pues, en D. Ismael del Pan el espejo de una vida llena de actividad y de acierto, tanto en el campo de la investigación como en el de la docencia, con una valiosa contribución al conocimiento de la geología, la prehistoria, la etnología y el folklore toledanos, que yo no sabré continuar sino en parte, y nunca, como se notará al momento, con la erudición, galanura de estilo, arte de buen decir y agudeza de ingenio, con que lo haría nuestro ilustre biografiado, de encontrarse ahora en nuestra misma situación.

Pero han pasado 35 años desde que D. Ismael leyó, en este mismo lugar, su discurso de ingreso y, aparte el progreso inevitable que el tiempo trae consigo, tenemos ya, en las graveras de Pinedo, ese yacimiento estratificado que él añoraba tanto. Un yacimiento que, al demostrar la presencia continua del hombre en este lugar, viene a dar sentido a los hallazgos de superficie realizados antes, de los que no era posible sacar mayor provecho, y a añadir a Toledo una nueva dimensión de su existencia: la de su pasado más antiguo.

Ya en una serie de artículos, publicados al mismo tiempo que se producían los hallazgos, y que me propongo reunir en su día en un libro, he ido ejercitándome en ese difícil arte de traducir huesos y piedras en prehistoria, perfilando aquellos episodios que me parecieron más seguros o verosímiles. Y en dos trabajos sucesivos, uno de ellos leído en este mismo lugar, el 27 de Marzo de 1960 (1) y otro que espera turno para ser publicado en «Estudios Geológicos» (2), he dado cuenta de esos hallazgos y descubrimientos, los he interpretado, he ofrecido una primera versión de la presencia del hombre primitivo en este punto del Tajo y he esbozado el estudio geológico del yacimiento y un estudio tipológico nuevo de su industria.

Lo que hoy me propongo, después de dos años y medio dedicado a estas tareas, es acercarme un poco más a los primeros habitantes de nuestro peñón, para inquirir nuevos datos sobre su vida. La Prehistoria no consiste en el estudio técnico de unas cuantas piedras o de un montón de huesos. Busca en ellos al hombre. Y el yacimiento de Pinedo, al revelar la existencia de una población paleolítica autóctona, ha dejado abiertas para siempre éstas y otras interrogantes, a las que tal vez no sepamos contestar nunca del todo: ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Cómo eran? ¿Cómo vivían? ¿Cuándo y de dónde vivieron? ¿Por qué permanecieron aquí? ¿Cuál fue su destino?...

Nosotros no plantearémos, por ahora, sino aquéllas sobre las que disponemos de algún indicio positivo. Veremos de qué insospechada manera nos ha de ayudar a hacerlo la enorme personalidad de la industria que aquellos hombres nos legaron. No se olvide, sin embargo, que, aun aplicando con el mayor rigor científico nuestro criterio geológico y biológico al estudio de los materiales de las graveras, los naturalistas no podemos ofrecer, en el campo de la Prehistoria, realidades tangibles. Tan sólo, como diría el propio D. Ismael del Pan, una hala-

(1) *El hombre primitivo en Toledo.*

(2) *Recientes hallazgos prehistóricos en las graveras de Toledo.*

gadora esperanza de verdad humana. Si así y todo me atrevo a continuar el boceto de nuestra prehistoria, iniciado en mis trabajos anteriores, es porque considero mil veces preferible tener alguna versión de los hechos, por defectuosa y hasta equivocada que pudiera resultar, a seguir, como hasta ahora, sin tener ninguna. Lo primero es avanzar, aun cuando sea entre errores, por otra parte inevitables, hacia un conocimiento cierto; lo segundo, permanecer indefinidamente en la ignorancia.

I.—LA PRIMERA POBLACION TOLEDANA

Cuando se descubrió la calavera del elefante de Buenavista, en Noviembre de 1959, mi aspiración primera fue llegar a determinar su antigüedad con tanta precisión como fuera posible. Disponía, para ello, de un solo recurso: establecer una relación entre las terrazas del Tajo y las glaciaciones, puesto que en estas últimas se basa la cronología prehistórica de Europa.

Nadie podía garantizar, de antemano, que en Toledo existiera semejante relación. Pero a lo mejor era así y se obtenían resultados concordantes. En caso contrario, llegaríamos a conclusiones disparatadas. Era como intentar resolver un problema por falsa posición.

Sucedió lo inesperado. Ninguno de los esquemas de terrazamiento propuestos hasta entonces para este lugar valía para nuestro propósito, porque en ninguno de ellos se había contado con el nivel de Buenavista, cuyas gravas se consideraban como pertenecientes a la terraza baja, y no como una terraza independiente. Convencido de este error elaboré, a toda prisa, mi propio esquema, ateniéndome a los criterios más clásicos. En él, la terraza de Buenavista y demás yacimientos equivalentes (Pinedo, etc.) podía ser de edad rissense y, a juzgar por la localización de los hallazgos, debía estar formada, en la base, por aluviones del Gran interglacial, y, en la coronación, por depósitos de la tercera glaciación. Es la misma interpretación que sigo manteniendo en la actualidad.

De las demás terrazas apenas sabemos nada todavía. En las más altas no se han abierto aún graveras importantes; pero la detenida exploración de sus gravas me permite sospechar que carecen de industria.

Si esto es cierto, la población paleolítica que denuncia el conjunto industrial de Pinedo es, realmente, la primera población prehistórica de Toledo, y data del Gran interglacial.

Su establecimiento en este punto concreto del Tajo obedece, a mi ver, a la posición estratégica del peñón sobre el que se

asienta la ciudad, que utilizaría, a la vez, como fortaleza y para observar a los animales al bajar a beber al río. Lo confirma el hecho de que los yacimientos sean tanto más ricos en fauna cuanto más próximos se encuentran a él.

Pero el peñón, que se eleva hoy unos cien metros sobre el río, no ha existido siempre, ni ha tenido, desde que existe, las mismas ventajas estratégicas. Empezó a aflorar en el valle en el período erosivo que precedió al depósito de la terraza superior, y hasta el Mindel-Riss no sobresaldría lo suficiente en el paisaje (unos 80 metros) para incitar su poblamiento. Por lo mismo, aunque el hombre transitara por el Tajo desde el primer interglacial (hay yacimientos de esta época tanto en Portugal como en Madrid), no se instalaría aquí sino hasta el interglacial siguiente (Gran interglacial), como registran los aluviones de Pinedo.

Esta población no era nómada, como suele decirse rutinariamente al hablar del hombre primitivo. Al contrario, permaneció ligada a nuestra comarca durante cientos de generaciones. De otro modo, su industria se encontraría diseminada en multitud de yacimientos y no se conservaría en el de Pinedo con el mismo carácter durante tanto tiempo. (Véase la nota 10 de *El hombre primitivo en Toledo*: la Humanidad primitiva se difunde, a mi ver, casi con la misma lentitud que las plantas y los animales).

La concentración de su industria en un solo yacimiento principal, dentro de un área explorada ya bastante extensa, indica, por otra parte, que dicha población fue siempre muy reducida y permaneció relativamente aislada, sin realizar incursiones importantes para instalarse en otros lugares del río ni fuera de su curso.

Se exceptúa, tal vez, la Sagra, su coto de caza, en el que debe penetrar cuando los animales no vienen al Tajo. Lo hace remontando el Guate, y hasta es posible que se establezca temporalmente en sus orillas (yacimiento de Hontalba). La Sagra es, por lo mismo, la comarca toledana poblada desde tiempos más antiguos. Acaso es también la única que ha estado habitada desde entonces de una manera más permanente.

Algunos caracteres de su industria hablan, finalmente, de ese mismo aislamiento. Por el ejemplo, el empleo de los cantos del río

para fabricar sus herramientas, cuando disponen de sílex en los cerros y sus contemporáneos del Manzares casi no utilizan ya otra cosa.

Lo más probable es que nuestros primeros habitantes vivieran, realmente, acantonados en el peñón, y se limitaran a utilizar como cazaderos las áreas dominadas por él. Buenavista y Pinedo serían sus fábricas de herramientas, y también los lugares donde aquella población, siempre hambrienta, consumiría los despojos de las presas, transportando al peñón la carne limpia o con el hueso indispensable. De acuerdo con ésto, las orillas del Tajo, plagadas de osamentas, en particular de calaveras, ofrecerían un aspecto impresionante. Las que el río no se ha llevado, son las que encontramos ahora nosotros en las graveras.

Estas ideas no deben conducirnos, sin embargo, a una versión «heroificada» de los primeros toledanos, imaginándolos afrontando a diario el riesgo de dar caza a las bestias mayores y más temibles. Muchas de las herramientas de Pinedo no tienen signo carnívoros, aunque, indirectamente, hayan servido a este fin. Tal vez la captura de un elefante no es más que un acontecimiento excepcional que celebra la población entera durante varios días, exaltando a los héroes. O tal vez la caza corre a cargo de los hombres, y las mujeres se ocupan en tareas menos sanguinarias: pesca, recolección de productos vegetales y de huevos de aves, etc.

Sobre cualquiera de estos puntos, y sobre otros muchos que ni siquiera mencionamos, podríamos hacer infinidad de conjeturas, más o menos verosímiles; pero preferimos seguir nuestras indagaciones por otros caminos, si bien con ello entramos en terreno más movedizo todavía.

II.—EL POBLAMIENTO DEL TAJO

Aunque precaria, alguna idea tenemos ya de cómo vivieron los primeros habitantes de nuestro peñón y de la época en que debieron instalarse en él. Lo que ahora deseáramos averiguar, en esta segunda y última parte de nuestro discurso, es de dónde procedían.

Uno de los rasgos más llamativos de la industria de Pinedo es la presencia de utensilios con una punta triédrica. Precisamente fue la reiteración de este carácter lo que nos convenció de su talla intencional y lo que nos llevó a descubrir el yacimiento.

Los primeros instrumentos de este tipo se encontraron hace unos 40 años, casi al mismo tiempo, en los «limos paleolíticos» de La Chalosse (Sur de Francia) y en los areneros de Abbassieh (Bajo Egipto). Se creyó entonces que se trataba de una cultura prechelense, autónoma, y se propuso para ella el nombre de *Chalosiense*.

Posteriormente volvieron a descubrirse utensilios semejantes en otros puntos de Europa y de Africa y en el Próximo Oriente. Pero las polémicas suscitadas en torno a esta industria, entre 1930 y 1940, acabaron por desacreditarla, y el término *chalosiense* ha quedado como proscrito en las publicaciones prehistóricas.

Sin embargo, si no como cultura, el *chalosiense* existe como variante tipológica de las industrias del hacha de mano, y desentenderse de esta realidad es desaprovechar, dejándole inédito, un documento precioso de la historia del hombre, del que, tal vez, puedan llegar a sacarse conclusiones de valor incalculable.

Hasta ahora los principales yacimientos del Paleolítico inferior con triedros se encuentran, de un lado, en el Norte de Africa, desde Egipto a Marruecos, y de otro, en nuestra Península, especialmente en la costa portuguesa. Tales yacimientos dibujan, dentro de la provincia del hacha de mano, una especie de «L», a la que designamos con el nombre de «L chalosiense».

Cuando se conozca mejor, el área de dispersión de esta modalidad industrial habrá de resultar, sin duda, mucho más

extensa. Pero ello no ha de invalidar, necesariamente, las conclusiones que puedan sacarse de los yacimientos mejor conocidos en la actualidad. Si nos atenemos a ellos, la rama subhorizontal, nor-teafricana, de la «L», tendida entre Casablanca y El Cairo, parece más antigua que su rama subvertical, europea, que asciende desde Casablanca y Rabat por nuestra Península hacia Francia, como

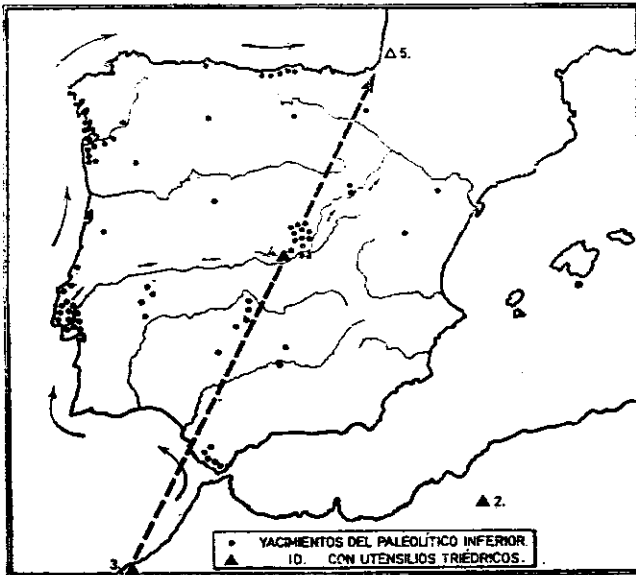


Fig. 1.—Distribución de los yacimientos del Paleolítico inferior en la Península ibérica, según M. Almagro, con adición de los datos necesarios para expresar mi teoría sobre el poblamiento de nuestro país. En trazo grueso, discontinuo, rama subvertical, europea, de la «L chalosiense», que señala la dirección general de difusión de dicho poblamiento. Su marcha detallada se indica mediante las flechas de trazo continuo.

La migración (un trasiego lento, generacional, milenar, de un pueblo de pescadores de charcos y recolectores de mariscos) arranca de las costas atlánticas de Marruecos, y progresa, según se ve por la concentración de yacimientos, a lo largo del litoral atlántico de nuestra Península, en el que las mareas dejan al descubierto una extensa faja de terreno. Se detiene, en cambio, en el Mediterráneo, donde la falta de mareas impide la difusión costera de aquella población pescadora. A partir del litoral se colonizan, luego, los territorios inmediatos, como La Janda y las desembocaduras de los ríos principales, y la emigración prosigue hacia el interior por estos ríos, aunque debilitándose y sin llegar a alcanzar, en general, la vertiente mediterránea. Excepto por el Tajo, en la iniciación de cuyo tramo medio se instala un núcleo de población tan importante, que termina por desbordar la cuenca alta de dicho río por el Henares, para derramarse en la del Ebro por el Jalón (ruta de los elefantes).

señalando una migración de los hombres o de sus técnicas desde Africa a Europa (fig. 1).

La misma impresión se tiene al considerar la distribución y cronología de otros tipos de herramientas, como los hendidores, e incluso al tomar en cuenta, globalmente, las industrias y los restos humanos más antiguos de los dos continentes. Africa es, según se dice, la cuna del género humano, y lo que esto representa debe ser obvio para cualquiera. Importa menos que no haya acuerdo al decidir a qué parte del continente correspondió tal privilegio: Africa austral, oriental, costas atlánticas de Marruecos...

Aceptar esta noción, hoy tan generalizada, es lo mismo que admitir que, en los albores de la Humanidad, Europa no estaba poblada todavía. Pero lo que se puebla luego no es Europa, sino el Occidente europeo, hasta el Rhin. Ni siquiera es toda nuestra Península; es, tan sólo, su mitad atlántica (fig. 1). Claro indicio de que esa migración arranca de las costas atlánticas de Marruecos y progresa por las de nuestro país hacia el resto del Occidente de Europa. En mi opinión, se trata de una población de pescadores de charcos y recolectores de mariscos que se difunde por ellas, siguiendo los valores crecientes de la marea, y termina por remontar los ríos y establecerse definitivamente en ellos.

Los ríos europeos fueron así, durante el Paleolítico inferior, como el aparato circulatorio de la cultura, y el Tajo vino a ser, en esta ocasión, como la aorta del sistema arterial peninsular: la vía regia por la que había de fluir hacia el interior la corriente más importante de aquella oleada cultural de procedencia africana. La población estacionada en su desembocadura es la primera raíz paleolítica de Lisboa. Los grupos humanos que ascienden por él darán las primeras poblaciones prehistóricas de Madrid y Toledo y, desbordando la cuenca del Tajo por el Henares, para pasar a la del Ebro por el Jalón, también la de Torralba (fig. 1).

A esta vía natural de penetración hacia el interior, con el paso de una a otra cuenca, la hemos llamado «la ruta de los elefantes», para poner de relieve la importancia que estos animales debieron tener en el poblamiento del curso alto y medio del Tajo (fig. 2).

En este supuesto, la especialización creciente en la caza de los grandes mamíferos terrestres, con abandono paulatino de los hábitos pescadores, que debe operarse a medida que las tribus

paleolíticas van poblando el río, debe notarse, de algún modo, en la evolución de sus industrias, aunque todavía no seamos capaces de ponerlo en evidencia. Breuil creyó que los cantos de *estilo lusitano* eran las herramientas de los pescadores litorales. Com-

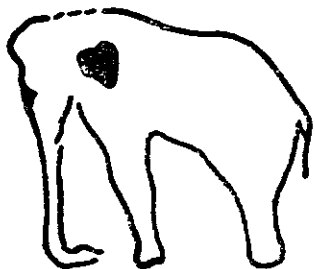


Fig. 2.—*Elephas antiquus* es un elefante de bosque que vivió en Europa desde los tiempos de la primera glaciación, dominando en los periodos cálidos, especialmente durante el Gran interglacial. La cuarta glaciación redujo sus dominios a los países más meridionales, como nuestra Península, en los que el hombre acabó con él, no sin antes «inmortalizarle» en el lienzo rocoso de sus cuevas, como se ve en esta pintura de la de Pindal (Asturias).

En el valle del Tajo existió desde el primer interglacial, y fue uno de los animales que más debió estimular el poblamiento prehistórico de este río. Acaso por eso desapareció en él antes de la cuarta glaciación. Es posible que en otros ríos menos poblados, situados más al Sur, haya sobrevivido hasta el Postglacial.

La población de Toledo, aunque posterior a la madrileña (a juzgar por lo que hemos deducido anteriormente), se aferra, en cambio, a la costumbre vernácula de tallar los cantos rodados de cuarcita, y no logra rebasar, por eso, el estadio de las técnicas más primitivas. Indudablemente, aquellos primeros toledanos vivieron de espaldas al progreso. Para mí, más que muy antigua, su industria tiene un cierto carácter reliquial. Es un isote de arcaísmo que persiste tenazmente en el seno de otras culturas más progresivas, a favor de las ventajas del peñón, denunciando a una población casi endémica, que se extingue o que ha de quedar eliminada. Representa la tradición, la artesanía, la pobreza, tercamente mantenidas hasta el fin.

* * *

pletando su idea, podríamos añadir que las industrias de los areneros de Madrid deben ser los pertrechos de los más diestros cazadores de elefantes. Por una serie de circunstancias, que todavía no acertaríamos a enumerar, los primeros colonos del Tajo se sienten atraídos hacia el Manzanares, y, a falta de cantos en el río, utilizando el sílex de los cerros, desarrollan la industria más refinada y completa de la región. El pequeño río acapara, desde entonces, el mayor núcleo de población de esta parte de la cuenca, y apunta ya hacia la capitalidad de nuestro país.

La población de Toledo, aunque posterior a la madrileña (a juzgar por lo que hemos deducido anteriormente), se aferra, en cambio, a la costumbre vernácula de tallar los cantos rodados de cuarcita, y no logra rebasar,

Llegamos, con ésto, al término de nuestra disertación. Desearía, señores académicos, que valiera para justificar, de algún modo, el alto honor que me habéis proporcionado al acogerme entre vosotros. O el que nos dispensan a todos, con su presencia, nuestras primeras autoridades, restando tiempo a sus funciones de gobierno. O este público amable, que así renuncia al necesario descanso de estas horas del domingo.

Lo dicho es apenas un primer ensayo de lo que pudo ser el comienzo de nuestra prehistoria. Algunas de las ideas apuntadas permanecerán. Otras tendrán que ser modificadas o descartadas. Nadie puede pretender acertar, en todo, desde el principio. Ni desde el fin, porque el error va con nuestra misma naturaleza. Dejad pasar el tiempo y veréis cómo se derrumban hasta las teorías más brillantes. Las mías no pueden ser una excepción.

Pero sin teorías no es posible el progreso. Lo importante es que den, en su momento, una versión razonable e inteligente de los hechos, y abran nuevos horizontes, para dar paso a nuevas teorías, cada vez mejor fundadas. Es el eterno tejer y destejer de la Ciencia, que se crea, pero nunca está creada; que se perfecciona, pero nunca alcanza la verdadera perfección.

Por eso, una obra no puede ser juzgada, honestamente, sino en función de su tiempo y de su precedente. Y de los medios de que se dispuso para realizarla. Y yo me conformaría con que, a fin de cuentas, sopesando estos tres factores, se pudiera decir de mí, en todo este asunto, como del Alcalde de Zalamea en aquel pleito de justicia:

«Que errar lo menos no importa,
si acertó lo principal».

HE DICHO

Máximo Martín Aguado
Munsteria